
Conversión o experiencia de la misericordia

Oscar Marcelo Castro F. SS.CC.*

RESUMEN

La conversión es la experiencia fundante de la vida cristiana; su punto de partida es el encuentro con Jesucristo y por su mediación con la experiencia del amor gratuito e inmerecido de Dios. El descubrir la gratuidad e incondicionalidad del amor de Dios da pie para un estilo de relaciones nuevas con los otros seres humanos basadas en la búsqueda de un mundo y una sociedad según el ser amoroso de Dios. Así la experiencia de misericordia lleva a actuar en justicia, liberación de toda opresión, fraternidad, solidaridad, reconciliación y paz como expresión de la bondad con que se ha vivido y permite la realización plena del ser humano.

La conversión es un proceso de constante apertura a la acción del Dios Trinidad que transforma a la persona en un ser interesado por el otro, especialmente el pobre y su liberación, para instaurar una comunidad de hermanas y hermanos que por su estilo, opciones y destino en el seguimiento de Jesús es primicia del Reino de Dios en medio de esta historia de opresión que clama por su liberación.

* * *

El uso común ha equiparado la conversión al hecho de adherirse a un credo religioso, y en el caso particular del cristianismo, al hecho de bautizarse. Al parecer, existe un vínculo entre la conversión y el bautismo; en diversos pasajes de

* Religioso de los Sagrados Corazones. Diplomado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Master en Teología de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Actualmente profesor de Sacramentos en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

los Hechos de los Apóstoles se mantiene un esquema constante: los apóstoles anuncian el kerigma, los oyentes se convierten y seguidamente son bautizados. Entre otros, encontramos: el discurso de Pedro en Jerusalén (2, 37-41); el encuentro de Felipe con el eunuco (8, 26-40); la conversión de Lidia (16, 11-15); el carcelero de Filipos (16, 25-34). Similarmente dos de los tres relatos de la conversión de Pablo mantienen ese esquema: el encuentro con Jesús, la adhesión de Pablo y finalmente su bautismo (9, 1-19 y 22, 5-16); el tercer relato conserva los dos primeros elementos pero no habla explícitamente del bautismo (26, 9-18).

Las comunidades cristianas de los primeros siglos disponían de un tiempo de iniciación que aseguraba la experiencia de conversión previa al bautismo. A partir del siglo tercero se organizó esta iniciación en toda una institución llamada el catecumenado, estructurado en etapas sucesivas y de una duración de alrededor de tres años, y se mantuvo la acción ritual como culmen del proceso, no como su inicio.

Es característica de este período que el bautismo fuera celebrado mayoritariamente por adultos capaces de haber hecho una opción de seguimiento de Jesús y que de hecho ya lo habían vivido previamente al rito. Sin embargo, el reconocimiento de la libertad religiosa del cristianismo en el 313 y su adopción como religión oficial del Imperio Romano en el 380, cambió drásticamente la situación: muchos se hicieron bautizar por conveniencia y, desde finales del siglo cuarto, se generalizó el bautismo de niños, con lo cual se perdió el proceso que llevaba a una conversión.

Ser bautizado pasó así de ser una opción de adhesión a la fe, a ser un fenómeno sociológico-político. El ser cristiano no implica la experiencia de conversión sino el hecho de nacer en un territorio. El término conversión llegó a ser sinónimo de bautismo, como mera acción ritual antecedida de una instrucción o adoctrinamiento. De esta manera sigue la «conversión» de distintos pueblos europeos y desde la Europa bautizada del siglo XVI, la «conversión» de América.

Nos encontramos ante pueblos bautizados y continentes enteros de cristianos, como es el caso de América Latina. Sin embargo, la pobreza y marginación que sufren las mayorías, contrasta con el hecho de vivir en un contexto de más de un 90% de bautizados, participación regular en la eucaristía y demás sacramentos, y una fuerte identidad religiosa. El sufrimiento engendrado por la pobreza y la muerte, como hecho cotidiano por carencia de lo mínimo, en una tierra rica, corroboran la pérdida del nexo entre conversión y bautismo. El bautismo por sí solo no hace cristianos; es urgente recuperar la experiencia de conversión, que es el factor garante de lo celebrado en el bautismo. Se hace necesario revisar qué es lo

propio de la conversión, para poder buscar los medios que conduzcan a la «conversión de los bautizados».

La conversión es una de las dimensiones estructurales de la vida cristiana. Ésta comienza con el encuentro con Jesús y la subsiguiente opción radical por su seguimiento, que implica reconocer –por un lado– la situación de sometimiento al pecado y, por otro, estar necesitado de la reconciliación ofrecida en el perdón incondicional de Dios.

La experiencia cristiana está marcada por una primera conversión, que es determinante en el paso de abandonar los ídolos de muerte y acoger al Dios de la vida revelado en Jesús de Nazaret. Esta experiencia corresponde al encuentro de la persona con Jesucristo, el cual da una nueva orientación a la vida al ser asumida ésta desde la experiencia de amor, perdón y reconciliación ofrecida por Dios, que ahora marca el estilo de la persona. A partir de este hecho, la persona alcanza su plenitud en la relación con Dios y con el prójimo, mediante la adherencia al seguimiento de Jesús.

SENTIDO GENERAL

El término castellano deriva directamente del latín *convertio*, que tiene como acepción principal la de «paso de un lugar o situación a otra»; también se entiende como «volverse a algo o a alguien» y, finalmente, ofrece la idea de cambio de dirección o de camino. En general, connota las ideas de mutación, mudanza, cambio, reorientación o transformación. Estos mismos sentidos también se pueden tomar moralmente como cambio del estilo de vida, transformación de la escala de valores o paso de irreligión a religión, o de una religión a otra.

En el contexto cristiano se ha entendido tradicionalmente conversión como el primer y decisivo abrazo de la fe o el retorno a la misma después de haberla abandonado. En este sentido, la conversión es una actitud fundamental de la vida cristiana y el elemento estructural del seguimiento de Jesús.

MOVIMIENTO EXISTENCIAL: DE LA ESCLAVITUD DEL PECADO AL SEÑORÍO DEL DIOS VIVO

Abordamos el concepto de pecado desde una perspectiva ética-religiosa que implica la interrelación entre el ser humano y Dios. Dios se presenta en el horizonte de la vida del ser humano como la posibilidad de comprensión plena del sentido y de la realización de la vida humana. La relación con Dios se da desde las categorías de encuentro, donación, experiencia de misericordia y alcanza su cenit en la experiencia de Jesús, el Mesías. En esta línea, pecado es cerrarse a la oferta de amor

y rechazo a vivir movido por el amor, optando por un estilo egoísta que lesiona la relación con Dios y con los semejantes. Pecado, es ante todo, la actitud personal responsable de la desintegración humana, que sale del sujeto afectando todo su entorno, tanto sus realizaciones materiales como las relaciones interpersonales. De esta manera el pecado llega a estructurarse socialmente en la planeación, ejecución y organización de las actividades típicamente humanas como la política, la economía, la cultura, y configura una historia que se opone al designio salvífico de Dios revelado en Jesús y en su misión de inaugurar el Reino de Dios.

La historia movida y organizada por el desconocimiento o rechazo explícito del amor de Dios se torna contraria al advenimiento del Reino y lo repudia, causando sufrimiento, marginación, violencia y muerte, situaciones que algunos han catalogado como la presencia del anti-reino.

El pecado no es un concepto abstracto sino una realidad negativa, en cuanto es negación de la relación con Dios y del plan de Dios para la historia. El anti-reino niega la posibilidad del mundo querido por el designio amoroso de Dios para la humanidad y lo sustituye por la idolatría; ésta consiste en sustituir el amor de Dios –como principio dinamizador de la historia– para reemplazarlo por el poder, la acumulación, la afirmación de sí a costa de los débiles. Ello genera todo un culto idólatrico al dominio, la fuerza, el capital, que sacrifica vidas humanas por medio de proyectos políticos de dominación y programas económicos, con su consecuente desempleo, exclusión y hambre; la promoción de una cultura consumista y elitista que desprecia y destruye a las minorías culturales y a las culturas populares; la violencia institucional –que perpetúa la injusticia estructurada socialmente por medio de desapariciones, masacres– y condena a muerte la esperanza, en una sociedad sin perspectivas de futuro para las mayorías. Es innegable que una sociedad en donde contrastan la riqueza y el empobrecimiento, la acumulación y la expoliación, el despilfarro y el hambre, y en donde la muerte violenta es un hecho cotidiano, está configurada por la esclavitud del pecado.

La actitud fundamental cristiana de la conversión al Dios de la vida, implica una transformación del corazón humano, de sus realizaciones materiales y de sus relaciones interpersonales. La conversión como paso de los ídolos al Dios verdadero, exige la confrontación y erradicación del pecado en su raíz personal y en su estructuración social. El cristiano y su comunidad parten de la experiencia del amor de Dios, que los invita a una praxis de misericordia al estilo de Jesús, capaz de modelar una historia de posibilidades para las mayorías empobrecidas. La conversión a la fe cristiana trae la novedad de una historia reconciliada desde el amor y perdón

de Dios, en donde sea posible la redención de todo aquello que deshumaniza y la esperanza de la superación de desintegración, la frustración y la alienación.

LA MISERICORDIA COMO BASE DE LA CONVERSIÓN

La experiencia de la conversión tiene un itinerario que parte de la situación del ser humano de sometimiento al poder del pecado. Es la condición de culpa o perdición, que lleva a declararse no inocente, responsable de la situación y necesitado de salvación. En la experiencia de san Pablo el pecado es un poder dominador que somete al ser humano a la rebelión contra Dios. En los capítulos 5 a 7 de la Carta a los Romanos se desarrolla la noción de pecado; éste se caracteriza por su acción tiranizadora, más allá del control del ser humano, y lo lleva a obrar como no quiere. Esta fuerza esclavizadora lo lleva a cerrarse sobre sí mismo, a actuar egoístamente en la búsqueda de sí mismo y del propio interés, en detrimento de la relación con Dios y con los otros seres humanos. La esclavitud al pecado es la situación en que se encuentra todo ser humano antes de su encuentro con Jesucristo.

El Nuevo Testamento trata la condición del ser humano pecador desde la novedad del Reino de Dios inaugurado por la vida de Jesús. Con la praxis misericordiosa de Jesús irrumpe de manera gratuita, anticipada y plena el Reino de Dios, con el anuncio del perdón y de la salvación. Al ser humano sometido al poder deshumanizador del pecado, se le anuncia la Buena Noticia del perdón, reconciliación y salvación. La iniciativa es plenamente de Dios; no depende de las obras de la ley ni del sistema cultural del ser humano; desde la novedad del Reino anunciada por Jesús, el énfasis no está en el pecado sino en su erradicación; el anuncio y praxis de Jesús trae la liberación del pecado, con base en la misericordia de Dios, enraizada en su perdón incondicional, que genera reconciliación entre los seres humanos.

En los Evangelios el encuentro con Jesús es la experiencia de la misericordia del Padre que transforma la vida de las personas y las abre a los valores del Reino. El pecado es no creer en Jesús y oponerse al Reino de Dios actuando en contra de su señorío, su misericordia y su ofrecimiento de salvación. La irrupción del Reino trae la posibilidad de un cambio radical en el corazón del ser humano, paso de la esclavitud del pecado al señorío de Dios, que hace posible la liberación del poder dominador y la erradicación de la fuerza tiranizadora. La presencia de Jesús configura a la persona con la manera de ser de Dios, la misericordia. En la experiencia del amor gratuito de Dios ofrecida en Jesús, la persona encuentra la posibilidad de entrar en la obediencia a Dios, al dejar espacio a su acción, la cual libera haciendo que se sea como Dios, es decir, misericordioso.

En la experiencia de san Pablo, como lo expone en Romanos 7, el pecado reina en el corazón humano y es allí donde tiene que darse el progresivo señorío de Dios que vaya generando una manera nueva de ser, acorde al ser mismo de Dios. De la misma manera, en Marcos 7, 14-15: «Luego Jesús llamó a la gente, y dijo: Escúchenme todos, y entiendan: Nada de lo que entra de afuera puede hacer impuro al hombre. Lo que sale del corazón del hombre es lo que lo hace impuro.» Y también en Mateo 15, 10-11: «Luego Jesús llamó a la gente y dijo: Escuchen y entiendan: Lo que entra por la boca del hombre no es lo que lo hace impuro. Al contrario, lo que hace impuro al hombre es lo que sale de su boca.» Estos textos resaltan el interior del ser humano como la sede de la condición pecadora de la humanidad. Esta situación es susceptible de cambio con base en la misericordia de Dios, la cual sana el estado de daño del corazón humano abriéndolo al reinado de Dios. En la medida en que el ser humano se siente amado incondicionalmente por la misericordia divina y regenerado por la experiencia del perdón gratuito, él mismo se pone en obediencia a la voluntad de Dios, dejándose llenar de su soberanía, que lo impulsa a actuar por la fe en praxis de misericordia para con los otros, y esto, a la vez, le lleva a sanar y recrear las relaciones con la creación y con sus semejantes. San Pablo resalta la dimensión cristocéntrica del amor de Dios; así, su punto de partida es la gratuidad que Dios ha manifestado a la humanidad en su hijo, Jesucristo; en Cristo somos amados de Dios.

En la experiencia de la Iglesia la conversión siempre va acompañada del encuentro con Jesucristo. Así lo expresan los relatos de los Evangelios, donde Jesús con su palabra y presencia es acontecer salvífico que libera humanizando a los oprimidos y abriendo las posibilidades de un futuro, según el plan amoroso del Padre. En los Hechos de los Apóstoles y en la práctica de la iglesia primitiva la conversión es antecedida por el encuentro con Jesús a través del kerigma. El anuncio de la salvación obrada en Jesús, su vida, muerte y resurrección, lleva a la transformación de la vida personal y a una praxis de misericordia en el seguimiento del estilo de Jesús y en el proseguir su misión de anuncio del Reino de Dios. El encuentro con Jesús reorienta la totalidad de la vida configurando las opciones e intereses con los valores del Reino. La salvación ofrecida es gratuita; es el Señor mismo quien toma la iniciativa de salir al encuentro del ser humano pecador, para sanarlo a partir de la experiencia de misericordia.

La experiencia del ser humano pecador, amado y perdonado, lo redimensiona y mueve a actuar de la misma manera como ha sido tratado por el Padre bueno. Así nos lo recuerda la parábola del «siervo sin entrañas». De quien es amado se espera que ame, de quien es perdonado se espera que perdone; el ser humano tocado por el amor gratuito de Dios es difusor de la realidad salvífica con la que ha sido

obsequiado generosamente. Quien se encuentra con la oferta de salvación prolonga en su praxis el don recibido y se torna en un «amado que ama» ahora «libre para amar».

CONVERSIÓN A JESUCRISTO

En el anuncio de Jesús la conversión está referida al anuncio de la Buena Noticia de la presencia del Reino de Dios. Así lo expresa Mateo 4,17: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca.» Por su parte, Marcos 1,15 pone el acento en la plenitud de los tiempos: «Se ha cumplido el tiempo; el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed al Evangelio.» De allí podemos enfatizar que la conversión va unida al anuncio de la llegada del Reino, que abre a las personas al Señorío salvador de Dios. Quien acoge el anuncio responde con la conversión y el creer en la Buena Noticia. Aceptar la perspectiva del Reino es aceptar a Jesús como aquél en quien actúa la acción salvífica de Dios, y es comprometerse con una praxis de seguimiento en el mismo estilo que libera del pecado personal y de su estructuración social.

Acoger el don de la salvación ofrecida en Jesucristo es experimentar el amor de Dios que ofrece su acción salvífica como *kairos*, tiempo de gracia que se puede asumir o perder definitivamente. En Jesús nos es mediada la salvación. La praxis misericordiosa de Jesús en favor del sufriente es la clave de acceso a la salvación; así el pobre en su situación de injusticia y marginación es oferta inesperada e inmerecida de participar del Reino de Dios. El encuentro con Jesús y el proseguimiento de su praxis es encuentro con la salvación, que hace posible una relación nueva del ser humano con la creación y con el prójimo. Es Dios mismo quien por Jesucristo transforma radicalmente el corazón humano repercutiendo en una manera nueva de obrar, según la voluntad de Dios.

La conversión es la ocasión para adoptar una vida al estilo de Jesús, esto es, vivir para los demás, pasar por el mundo haciendo el bien desde la solidaridad, ir hasta las últimas consecuencias por el bien del otro, pasando por el sufrimiento y –si es necesario– por la muerte.

La mediación de Jesús y su praxis de misericordia es fundamental, pues en Él se transparenta el amor del Padre; Éste mueve al cristiano a la acción transformadora del Espíritu, que le lanza al encuentro con el hermano sufriente.

CONVERSIÓN AL DIOS DEL REINO

El encuentro con Jesús lleva al conocimiento de Dios Padre y a que sus discípulos le experimenten también como *Abba*. Desde la tradición bíblica el Dios de la revelación ha querido comunicarse con la humanidad, actuando salvíficamente en

la historia de los oprimidos. El Dios revelado tiene la característica de darse a conocer desde los débiles, las víctimas, los esclavos, siempre generando un dinamismo de liberación tendiente a crear un pueblo libre en donde las relaciones interpersonales partan de la experiencia de amor incondicional e inmerecido capaz de generar seres humanos iguales y solidarios. Este pueblo es vinculado al estilo mismo de Dios por la alianza; ésta corrige constantemente su praxis y lo llama a vivir en fraternidad, a abandonar la idolatría que sacrifica vidas humanas y a vivir de manera nueva, bajo el estilo de Dios, en una sociedad organizada desde la solidaridad. Ese Dios es transparentado por Jesús y revelado como *Abba*, el Dios de las bienaventuranzas, el Dios que ofrece su Reino a los pobres, a los afligidos, a los hambrientos, a los que buscan la justicia y la paz. El Dios del Reino se muestra desde «el reverso de la historia» y condiciona la participación en el Reino a una actitud hacia los empobrecidos y todos los «tirados en el camino».

El Reino de Dios erradica el pecado que esclaviza al ser humano manifestado como dominación, codicia y destrucción de la vida. Al ser humano tocado por la acción del Dios del Reino, le es cambiado el corazón. La acción transformadora del Espíritu somete al poder tiranizador del pecado y abre a la persona para una convivencia en la justicia, el amor y la búsqueda de posibilidades de vida plena para todo ser humano.

Con su anuncio y praxis Jesús transparenta al Dios del Reino, quien no permanece indiferente o neutral ante la deshumanización, la esclavitud, la opresión de los débiles; el Dios el Reino es partidario de los pobres y marginados y su plan salvífico es un nuevo orden marcado por la justicia y la vida plena para todos.

CONVERSIÓN AL ESPÍRITU

El que se ha encontrado con la misericordia liberadora de Dios en Jesús es asociado a la vida divina por la presencia transformadora del Espíritu, quien va dándole un corazón nuevo y una praxis en el seguimiento de Jesús. El espíritu es el principio dinámico que impulsa a la persona a vivir según el amor con que le ha sido donado, y le lleva a actuar en alegría y libertad, dando testimonio existencial de Jesús hasta la llegada del Reino.

El Espíritu consigue la liberación del pecado, sometiéndolo, y permea el corazón humano con el amor incondicional e inmerecido de Dios; el cristiano ya no está esclavizado: ahora vive en el «régimen de la gracia»; en otras palabras, en el régimen del amor de Dios.

El Espíritu Santo, con sus signos y su acción interior, es el testigo y el agente invisible de la conversión de la vida y de la convivencia humana, y nos hace

hermanos que trabajan por el Reino de justicia, en una dimensión fundamental de comunión y entrega.

La presencia del Espíritu en el corazón humano hace posible la victoria sobre el pecado y configura al ser humano como hermano de Jesús y, por ÉL, hijo del Padre. El Espíritu hace posible la comunidad, al motivar el amor entre los hermanos y dar carismas que la enriquecen por el servicio invaluable de cada uno de sus miembros.

CONVERSIÓN AL PRÓJIMO

Hemos venido diciendo que Dios ha tomado la iniciativa de salir al encuentro del ser humano, para transformarlo, mediante la donación ilimitada y gratuita de su amor. Éste alcanza su plenitud en el anuncio y praxis de Jesús que salva al ser humano del pecado y le abre a la acción del Espíritu, que lo transforma en un ser que actúa de la misma manera que ha experimentado en el encuentro con Dios. Esa experiencia básica mueve al ser humano a enrumbar su vida en el mismo estilo de Jesús, encontrando la mediación de la salvación en el ser humano sufriente o aquejado de cualquier dolencia.

El Dios del Reino es presentado en las bienaventuranzas como aquél presente en las realidades inmanentes y en especial en la experiencia de los marginados, en quienes tienen esperanza de un mundo distinto en donde sean colmados sus anhelos de justicia, alegría, misericordia, paz, de hacer la historia según el designio amoroso de Dios. El Dios del Reino no es indiferente ante el clamor de los pobres: ellos son los predilectos del Reino y a ellos se anuncia la posibilidad de un mundo configurado por el señorío de Dios. La presencia de Jesús trae la alegría para los marginados porque descubren que Dios mismo está de su lado, liberándoles, y quiere unas relaciones nuevas entre los seres humanos.

La conversión, como fruto del encuentro con el Dios vivo y misericordioso, mueve a actuar de la misma manera ante quien pasa necesidad o es víctima del anti-reino. Las necesidades básicas, como el derecho a una vida con posibilidades, son parte del interés del convertido. El actuar en la misma línea de Dios lleva al convertido a ocuparse de la pobreza, como mal no querido por Dios.

CONVERSIÓN A LA COMUNIDAD

Los hombres y mujeres que encuentran a Jesús son llamados al discipulado a vivir con Jesús y a participar de su praxis. En esta experiencia los discípulos entran en una relación de amistad con Jesús y de ninguna manera de súbditos o subalternos. La experiencia de tener un sólo Padre y uno sólo que es Señor y Maestro, crea lazos

de amistad, servicio, igualdad, que excluyen toda dominación de unos sobre otros. Ese estar con Jesús va constituyendo experiencia comunitaria, cuya misión es ser espacio de apertura para la realización del Reino. La comunidad de discípulos contrasta con el proceder de quienes se rigen por el pecado, pues ella se crea a partir de la acción del Espíritu en el corazón de cada discípulo, al mover la creciente conversión que muda las relaciones interpersonales.

Tal vez no haya nada tan característico de la vida cristiana como el hecho comunitario. La comunidad es el primer reflejo de la adhesión al seguimiento de Jesús y de la vida movida por el amor de Dios, que libera de la esclavitud y del egoísmo, al tiempo que abre a una vida de interés por el otro. Y aunque imperfecta –en cuanto nacida y nutrida del amor gratuito de Dios– ella es anticipo del Reino en medio de esta historia injusta y deshumanizante.

Entre los elementos estructurantes de la comunidad de discípulos están: (a) el constante seguimiento de Jesús; (b) la renuncia al dinero como elemento orientador de los intereses y de la praxis de la comunidad: no se puede servir a dos señores y el discípulo ha optado por el señorío de Dios en su vida; y desde la supremacía del amor de Dios, el dinero –como cualquier otro medio– tiene la función de ser compartido en favor del pobre, para erradicar la pobreza desde la solidaridad; el compartir solidario y la búsqueda de la justicia marcan el estilo de aquéllos que han sido transformados por la misericordia de Dios; (c) el trabajo por la reconciliación y la paz que brota de la experiencia de haber sido reconciliados por el perdón de Dios; y (d) el servicio, como principio de autoridad dentro de la comunidad, que excluye todo poder, dominación y desprecio entre los hermanos al estilo mismo de Jesús, el Señor y el Maestro.

La comunidad de Jesús es, con su sola presencia, Buena Noticia, pues trae una manera nueva donde se superan las estructuras nacidas del pecado que tiraniza, excluye, manipula, desprecia, miente, mata a los débiles. Por el contrario, los discípulos de Jesús viven de manera distinta: una manera que denuncia y lucha por erradicar la presencia del anti-reino con base en praxis de misericordia.

CONCLUSIÓN

Existe un nexo intrínseco entre conversión y ser cristiano. Esta relación se celebra simbólicamente en el sacramento del bautismo, pero sólo se puede celebrar cuando ha habido una experiencia previa que involucra el pasado, presente y futuro de la persona. El gran problema que afrontamos hoy consiste en que la celebración del sacramento del bautismo es un símbolo desvirtuado que no remite a ninguna

experiencia previa y, por tanto, no tiene una expresión real en la vida de quienes inconscientemente han sido incorporados estadísticamente a la comunidad de Jesús.

El objetivo de las grandes empresas misioneras del pasado fue bautizar a los llamados «infielos» e incorporarlos a la Iglesia haciéndolos hijos de Dios; pero el sólo rito, sin un proceso de iniciación cristiana, ha llevado a acrecentar las cifras institucionales, mas no a la vida en el discipulado y seguimiento de Jesús. *La tarea para la Iglesia de hoy es generar procesos de iniciación que lleven a la conversión de los bautizados, y motivar la vida abierta a la acción de la misericordia de Dios, para que allí se pueda constatar verdaderamente la acción del Espíritu, desde el corazón de los bautizados, que los mueva a una praxis de mayor justicia, a la búsqueda de la paz, la erradicación de la pobreza, el respeto por la vida humana, el trabajo solidario y la reconciliación.*

En el contexto actual del país, como comunidad de Jesús, tenemos mucho que hacer, pero sólo será realidad en la medida en que esa pertenencia al Señor no sea nominal sino existencial. La situación de miseria, la violencia absurda que enluta a tantas familias y la frustración ante la falta de posibilidades para el futuro, claman el anuncio de Buenas Noticias y la consolidación de una historia distinta. El cristianismo tiene muchas de las respuestas, pero para darlas no es suficiente enunciarlas, predicarlas o escribirlas. Lo importante es practicarlas. Sin embargo, sólo las puede practicar quien se ha encontrado con Jesús y ha sido transformado por su praxis de misericordia. Todo esto cuestiona a fondo nuestro ser cristiano y nos llama a una conversión radical y continúa, para que los pobres y las víctimas del absurdo que estamos viviendo puedan experimentar que Dios los ama y quiere un orden de cosas totalmente nuevo, en donde cada uno pueda vivir como ser humano, hermano y amigo.

6